

SE ANDRES VAZQUEZ



Verdadero
Camino.

Andrés Vazquez



57

~~77~~

ESTA OBRA FUE
MANDADA IMPRIMIR
A SUS EXPENSAS POR EL
ILUSTRE AYUNTAMIENTO DE
ARACENA, PARA CONMEMORAR EL
DIA DEL LIBRO ESPAÑOL DEL
AÑO DE MIL NOVECIENTOS
VEINTE Y SIETE

Requerido de mi
tia Francisca Delgado
Asuncion Rufino
Cecena hijo de
20 Enero 1970

JOSE ANDRES VAZQUEZ

El Verdadero Camino

CUENTO QUE OBTUVO EL PREMIO
DE S. M. C. EL REY

DON ALFONSO XIII

EN EL CERTAMEN CELEBRADO POR LA
PONTIFICIA Y REAL ACADEMIA
BIBLIOGRAFICO - MARIANA
DE LÉRIDA EL AÑO DE 1926 EN
HONOR DE
N.^a S.^a DE LOS ANGELES

1927
TIPOGRAFIA F. REQUENA
ARACENA

O B R A S
DE JOSÉ ANDRÉS VÁZQUEZ

MALA SEMILLA, comedia.*

RECURSO LEGAL, paso de comedia.

LA MADRE DE NERÓN, juguete cómico-lírico.*

ESE SOL, PADRE Y TIRANO, novela de la sequía.

EPISTOLARIO BÉTICO, 1917, cartas periodísticas.

EPISTOLARIO BÉTICO, 1918, cartas periodísticas.

CON CADENAS DE ORO, comedia Traducida al inglés por Willis Knapp Jones.

FRINÉ LA CORTESANA, opereta.

EL BARRIO DE SANTA CRUZ, Ediciones de la Comisaría Regia del Turismo 1.^a en octavo; 2.^a en cuarto, trilingüe e ilustrada con fotografías.

CUANDO VOLVIÓ EL PRISIONERO novela

MISTERIO DE DOLOR, novela.

EL VERDADERO CAMINO, cuento.

Las dos obras señaladas con asteriscos en colaboración con D. Ismaél Pérez Giralde

PROLOGO

LA MISMA ESCUELA

Pepe Andrés Vázquez quiere que yo le ponga dos letras de prólogo en este cuento — El Verdadero Camino, — que unas veces se acoma a la leyenda, otras al milagro y siempre

PROLOGO

a la propia vida del autor; porque ese chiquillo de las calenturas afeccionado por el pastor desconocido, y que rompe las cuerdas de las fatigas de su oficio, volando finalmente para venir un día a ponerle dos velas de a libra a la Virgen chiquita de la serranía de Huéloca, es el propio escritor que hoy tiene una personalidad literaria y unas gafas de concha detrás de cuyos cristales cabrillea una luz de ingenio y una ternura que no saben tener más que los que vivieron la vida entre un dolor y una esperanza.

El ingenio de Pepe Andrés es de la familia de Nogales: luminoso, burlón, castizo y con tan profundas

raíces que puede decirse de él que en todo lo que piensa le queda siempre enterrada la mitad. Exigencias de su propia raigambre, que nos obliga a pensar cuando habla en dos cosas: en la que dice y en la que ingeniosamente deja encubierta para que la gente colabore y ría.

Yo tengo por este escritor, aparte viejas y calurosas amistades, una profunda afección porque la primera parte de su vida es como la mía. Yo sé como se llora y se sufre en la casa de los pobres porque mi niñez fué muy modesta y en la fragua de mi padre aprendí yo a quemarme la cara, y en aquella bigornia que tenía una plazoleta ligeramente comba y

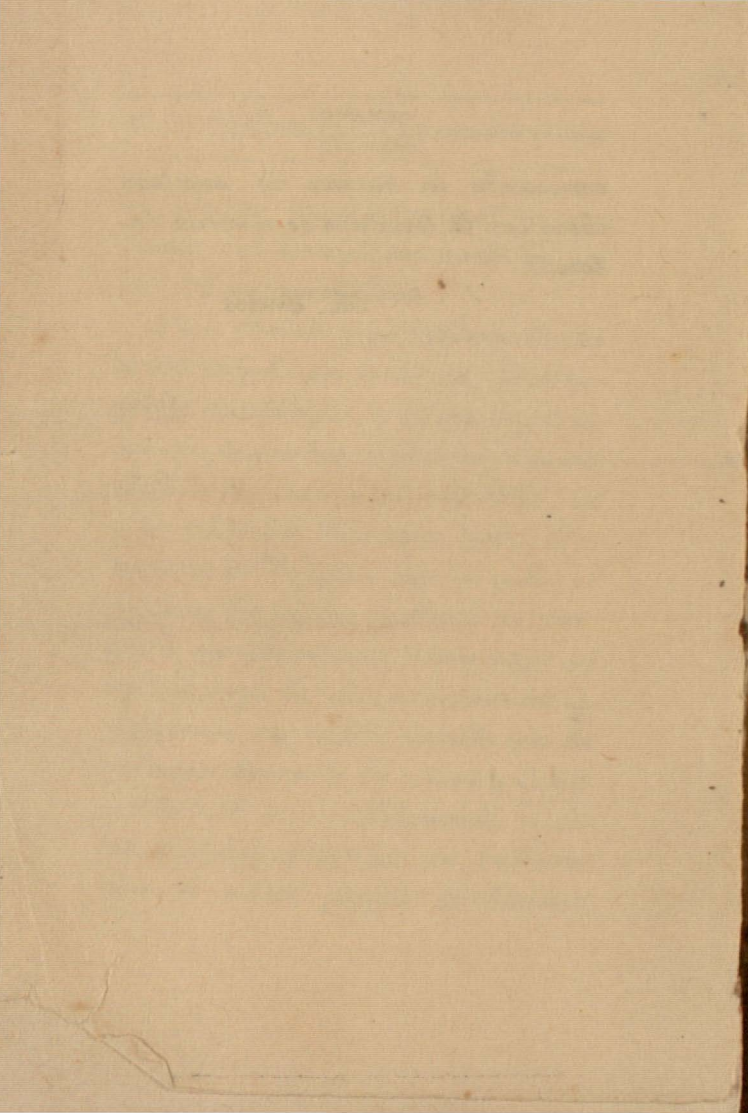
un cuerno largo para moldear las curvas del herraje, me partí yo un dedo de un martillazo.

Pepe Andrés y yo sabemos lo que es sufrir y lo que es llorar construyendo con fatigas de corazón y cansancios de cerebro el primer piso del edificio de nuestra personalidad. Él y yo poseemos bien poco, nada. Pero como el bohemio que al salir el sol sobre los tejados de París se complace en considerar como suyo el primer rayo del día, miramos atrás y creemos con noble orgullo que la primera hornada de nuestra labor intelectual, es absolutamente nuestra, propia, exclusiva, sin influencias de nadie, porque la hicimos

PROLOGO

amasando la harina de nuestras ideas con la levadura de nuestros dolores.

M. Siurot



EL VERDADERO CAMINO

EL VERDADERO CAMINO

I

Recuerdo como si fuese ahora mismito,
y esto es por que las grandes impresiones recibidas de niño nunca se borran de nuestras almas, la primera vez que subí al Real Sitio de la Peña de los An-

geles para visitar a Nuestra Señora, que tiene allí, tocando con el cielo, su trono luminoso y florido.

Fué con motivo de un cierto encogimiento de tendones que tuve a consecuencia del susto que me diera el tío Capullo, guarda por aquel entonces del pinar de Valdehelechos, que me pilló en flagrante delito de hurtarle piñas en unión de otros chiquilicuatro de mi misma edad y de mi misma escuela, un día de pícaras rabonas. Me estuvo bien empleado aquello, por holgazán y granuja, pero como caí muy malito y de nada sirvieron los refregatorios con aceite de romero ni los espurreos de la tía Petrola con aguardiente aguado, decidí mi madre encomendarme a la Reina de


los Angeles prometiéndole llevarle dos velas de a libra si por su divina intercesión volvía mi desmedrada personilla a su verdadero ser echando de sí aquel agarrotamiento del pescuezo y aquellos nudos de los brazos, dolencias que me tenían entrambas hecho una algarroba marroquí.

Pues, como iba diciendo, nos fuimos mi madre y yo a Alájar subidos en un borrico aparejado con las cómodas jamugas y, echando pié a tierra donde comienza la empinada cuesta de acceso a la Peña, subimos andando en penitencia, rezando avemarías y sudando el quilo.

Entramos en la ermita donde está a la veneración Nuestra Señora y luego de rezar lo que nos faltaba, subimos al ca-

marín para dejar las velas encendidas. Todo aquello aparecía lleno de las pruebas que amontonó el fervor público para demostrar los milagros de la Virgencita serrana: muletas de los baldados y tullidos que sanaron; uniformes militares de los soldaditos librados por su fe del peligro de las balas; brazos y piernas, y otras representaciones en bulto de cera o metal, de los que temieron quedar físicamente imperfectos y no llegaron a serlo gracias a Ella; cuadros de angustiosa pintura ingenua queriendo representar trances difíciles de la vida humana en los que la Reina de los Angeles se mostró parte para resolverlos con amor infinito, y... muchas cosas más pregonando pensamientos piadosos y anhelos

puros de innumerables criaturas padecidas y doloridas que en las horas adversas encendieron sus corazones en las llamas de la fe y fueron consoladas con la infinita ternura de la Excelsa Señora.

Mientras mi madre encendía las velas,  puestas ya en sendos candeleros de metal amarillo de Lucena, yo miré con cierta cortedad a la Virgen y ví con sorpresa que la diminuta imagen por quien rezan y suspiran en toda la Andalucía alta y baja y en la Extremadura baja y alta, tenía unos agujeritos en la nariz y una minúscula breva pegada en el pulso derecho.

La Virgen debió conocerme las ganas que de pronto me entraron de saber qué significaban aquellas señas tan particu-

lares, porque al salir de la iglesia, sentado en el pretil de la simbólica fuente inagotable que cantó Arias Montano en una oda sáfica saboreada luego después por mí muchas veces con el propio deleite con que siempre bebo de aquella agua tan especial, había un viejo alajeño que ni tardo ni perezoso soltó el trapo de la conversación y me puso en pormenores de lo que mi curiosidad se desvivía por saber.

A ver si recuerdo,— más o menos como me la contara el viejo,— la tradición que trae noticia del advenimiento de la Virgencita a la Peña y del origen de la breva del brazo y los agujeros de su nariz respingoncilla y linda.

II

Vivía un pastorcillo por estos contornos floridos que se llamaba Victor y recorría con su rebaño la Peña cuando no había señal de ermita y la fe cristiana no estaba aun muy extendida por

la faz de la tierra.

Un día Victor, al sentarse en los riscos para tocar la dulzaina de fresno mientras se apacentaban las ovejas, vió sobre una piedra un muñequillo en forma de mujer con ojos celestiales y carita angelical llevando sobre los brazos otro más pequeño muñeco en figura de niño nimbado de luz. Ver el pastor el hallazgo y apoderarse de él, examinarlo con ojos absortos y meterlo en el zurrón con ánimo de presentarlo al atardecer en el rancho de los gañanes, fué cosa vista y no vista.

Aquella tarde echó Victor más temprano el hato hacia la casería, ganoso de exhibir su hallazgo; pero al buscarlo en el zurrón notó su inopinada desaparición,

viéndose burlado.

Al día siguiente en igual sitio, encontró de nuevo la figurilla y volvió a encerrarla en la mochila, apretando las correas; por la tarde, en el rancho se halló sin ella otra vez.

Al tercer día la recogió de nuevo, pues por tercera vez se hallaba sobre el risco consabido; y, para que no se escapase, la cosió por la nariz al cuero del zurrón, atacando los requicios vacíos con frutas maduras de los huertos próximos. Así - pensó Victor -, si es por hambre por lo que se fuga este muñeco, ya tendrá en que ejercitar el diente.

Más con atadura y vianda el muñeco se fué también, y apareció por cuarta vez en el risco, conservando en la nariz

los agujeros de la puntada y en el ante brazo derecho una breva...

Entonces le habló a Victor y le dijo:

—No me llesves más, porque es aquí donde quiero estar. Aquí quiero que se me haga una casa y desde aquí deseo hacer bien por los serranos, auxiliada por mi Hijo.

—¿Y quien eres Tú --- dijo el pastor ---, que exiges una casa cuando apenas podemos tener chozas nosotros, y quien es tu Hijo, y quien sois los dos tan chiquerreninos y con tanto poder?...

—¡Yo soy la Reina de los Angeles, y mi Hijo es Dios!...

Cayó de hinojos Victor, y cuentan que él hizo el santuario, cuidó de su conservación, extendió la fe por los pueblos y

aldeas de la sierra y de la tierra llana andaluza y extremeña, y luego fué San Victor... De pastor de ovejas se convirtió en pastor de almas.

Confieso que me maravilló el relato, como no podía por menos, y quedé para siempre impresionado, dejando unida mi alma para toda la vida a las emociones de la Peña, con lo que gracias a Dios, he podido seguir día por día la historia de los milagros que ha tenido a bien realizar Nuestra Señora, uno de los cuales, escogido al azar, voy a referiros, *ce por be*, ahora mismo si me escuchais.

III

Érase una vez, hace algún tiempo, como cuarenta años, semana más o menos, que nació en uno de estos pueblos serranos, un niño que hacía el número ocho o nueve, no estoy muy seguro en

este punto, de los vástagos de una familia humilde que sólo gozaba del caudal de la luz de Dios y el del esfuerzo de los brazos del padre bueno e infatigable.

El niño nació del tamaño de una al-dabilla: minúsculo, endeble, flacucho y sin aliento. Las vecinas que axistieron a la prolífica madre en este octavo o noveno trance de sacar a luz serranos bien nacidos, se asombraron de ver aquella especie de cigarron y lamentaron su deplorable estado.

— ¡Vaya por Dios, “aquellita”! Qué canijo está el pobre. Este no puede criarse. ¡Si parece que está muerto! — dijo una comadre.

El niño, en efecto, no daba señales

de vida.

—¡Caramba! — propuso otra vecina.
— Aventarlo pa lo alto; darle dos o tres pescozones y ya veréis como respira.

—A ver si me lo matais — dijo la madre con débil voz, desde su camastro de bancos y tablas.

—¡Te lo vamos a matár! Muerto está él, Pero. ¿por qué no has nacio “remondón“ y lució como toa tu casta, grandísimo hijo de tu madre? ¡Tirarlo por lo alto! Ya verás como se anima.

—Bueno, tirarlo — dijo la madre con resignación. — Pero no me lo dejéis caer al pobrecito de mis entrañas y me lo extrelléis contra los ladrillos..

El niño fué lanzado al espacio con mucho cuidado de no dejarlo caer sobre

el suelo de ladrillos mazaríes y recogido luego en los brazos de la comadre que le sometió a aquel ejercicio de títeres. Luego le dió varios azotes en el sitio donde la espalda cambia de nombre y enseguida el recental rompió en escandaloso llanto.

La madre, al oírlo, exclamó con alborozo:

—¡Llora! ¡Ya llora! ¡Gracias a la Virgen Santísima! Llora... es señal de que vive. Traérmelo pa acá. ¡Corazón mío...!

Se lo dieron y enseguida el pequeño dejó de llorar, porque su boquita insignificante encontró en el pecho de su madre un eficaz pretexto para guardar un relativo silencio.

Tetita te mereces,
niño chiquito,
y cuando ya estes harto
duerme un poquito.

Así le arrulló la madre y el chiquelín canijo se quedó más dormido que un lechón ahito. Luego, la madre, lo contemplaba absorta y le decía con ternura:

—Vaya por Dios, y qué poquita cosa eres—¿Por qué no lloraste al llegar al mundo, chiquinino mio, cuando tanto habías llorado antes de venir a él? Temí que no vivieses. Y tu tienes que vivir, porque vas a ser sabio, si Dios y la Santísima Virgen quieren. Ahora que vas a ser un sabio muy feo... Porque, pareces una lombriz.

El niño se crió como pudo fué a la escuela cuando pudo y, efectivamente, el maestro confirmó que tenía una inteligencia si no como para ser sabio, al menos para no ser una vulgaridad de hombre.

—Si estudiase carrera — decía el maestro —, sería algo en el mundo esta criatura.

Pero el muchacho tuvo que abandonar la escuela antes de tiempo, dejando sus estudios en el *Juanito*, para dedicarse a ayudar al padre, partiéndose los huesos en el trabajo con sus otros hermanos.

Era un gran trabajador silencioso y perseverante, pero en sus ratos de ocio no intentaba jugar ni divertirse como los

otros muchachos de su edad. El leía siempre, observaba siempre, callaba siempre... Era un simplón, que no se alegraba nunca y que parecía ir por la vida con la tristeza infinita de saber que caminaba por una senda que no era la que debía seguir. Lloraba a solas y se resignaba con el fracaso inevitable del noble anhelo de pegarle alas a su espíritu.

Un día estaba trabajando, a unas tres leguas de la Peña, allá abajo en una caseta de camineros de la carretera que vá a Zalamea. Cuidadosamente repasaba y pintaba a conciencia las maderas de la vivienda de los peones, cuando de pronto se sintió enfermo... La fiebre incendió su cuerpo y tuvo

que dar de mano en el esfuerzo que realizaba; pero temeroso de que le abatiese la enfermedad en las soledades del campo, lió sus herramientas y trabajosamente echó a andar camino arriba para su pueblo, en busca de la salud cerca de la buena madre.

Hizo alto en las cercanías de Santa Ana la Real, dos pasos de aquí como quién dice. Venía el pobrecillo acezando como un perro cansino y, dolorido y triste, se sentó al borde de la carretera para descansar un poco.

Lo que pasó allí fué verdaderamente extraordinario. El no supo explicárselo nunca. Sin saber por donde apareció un pastor viejo que, sin andarse con rodeos, se sentó a su vera y le ha-

bló así.

—¿Qué haces tu aquí, zagal? ¿De donde eres? ¿Qué llevas?

—Estoy aquí descansando. Voy... para adelante. Llevo las herramientas de mi oficio y además estoy malo.

—¿Malo de qué?

—Malo de... estar malo... ¡Calentura que tengo!

—¿Tercianas o cuartanas?

—Yo no lo sé...

—Te lo digo porque yo tengo el remedio de todas las calenturas. Verás: si son tercianas, cortas al amanecer una vara de adelfa, le haces tres rayas con una navaja y la sueltas en el camino. El que pase detrás y la coja se lleva tus calenturas... Si son cuartanas le ha-

ces cuatro rayas...

—No me parece bueno ese remedio—protestó el obrerito.—Si Dios me ha mandado a mí las fiebres me parece indigno traspasarlas a otro desgraciado.

—En mi vida he oído otra cosa semejante—dijo el pastor. Y tras un breve silencio, cambió de conversación. El día anterior habíase observado un eclipse de sol casi total y este fué el tema para seguir hablando.

—¿Has visto el «clise» de ayer?

—¿El eclipse? Sí.

—¿Y tú que piensas de eso? ¿Traerá desgracia? Alguna guerra, alguna calamidad...

—¿Porqué? se trata de un fenómeno del cielo, previsto, natural en las fun-

ciones de la mecánica astronómica y no hay porqué achacarle influencias fatales.

—Pues el sol tomó color de sangre...

—Si, por que se le interpuso la luna. .

—¿Como es eso? Dime. Muchacho dime...

Este explicó con términos sencillos al pastor la teoría del eclipse. Al terminar, el pastor estaba entusiasmado de aquellas revelaciones.

—Oye, muchacho. Tu sabes más que Briján. A mí no me digas tú que eres un trabajador na más. No te creeré. Barrunto que tienes ciencia y estudios...

—Lo poquito que sé lo aprendí por mí mismo.

—Yo lo que te digo es que con esa inteligencia que te ha dao Dios no debes seguir quebrándote los güesos en tu oficio. Vete lejos, muchacho. ¿Aqui, qué te aguarda? Comer «migas» en el invierno y tomates con sal en el verano; recibir en tó tiempo cuatro bendazos si te descuidas... y morirte «ringao» por el trabajo...

Vete, muchacho, que nadie en su pueblo es profeta. No te quedes aquí «arrutao» y dándote «martajogazos» por estas carreteras. Yo que tu, salía ahora mismo corriendo como si tuviese un tagarrero de avispas en salva sea la parte, y me iba a Sevilla. En el inter que trabajas allí, aprendes más cosas de cencia y te haces un hombre. Esto

que te digo es lo que te conviene; hazlo y no seas burro.

—Pero tengo que trabajar aquí para ayudar en mi casa.

—Trabajas desde allí y desde allí ayudas... ¿No te parece?

—Quizás tenga usted razón.

Se despidió de aquel viejo pastor a quien nunca volvió a ver más y siguió lentamente su caminata. Cuando descubrió en lo alto de la Peña el campanario de la ermita—esa bella y original espadaña en cuyos huecos están como en nidales los sonidos de la fe que las campanas esparcen por el cielo azul—y fijó su pensamiento en la Virgen de los Angeles, adoptó el propósito de seguir los consejos del viejo pastor. Co-

rrería mundo y buscaría en sus correrías el amplio ambiente a que aspiraba su alma.

Llegó a una fuente que está al pié de esta Peña y bebió de sus linfas en un «cucharro» o cuenco de corcho, refrescando sus fauces reseca. Y allí hizo esta petición y este voto:

—Reina de los Angeles. Que sea ésta la última vez que recorra yo los penosos caminos de mis esfuerzos sobre-humanos. Si Dios me puso alas para volar alto, deja Tú que mis alas se extiendan. Sáname del cuerpo y del alma e ilumíname las rutas de mi ideal. No tengo fuerzas, con estas calenturas que me derriten, para subir a tu ermita y pedirte esto; apenas si las tendré para

llegar al lado de mi madre. Perdóname y concédeme lo que te pido. Yo te prometo en cambio, Señora, cantar tu gloria tu amor y tu misericordia y procurar que vengan a Tí los peregrinos de todo el mundo a admirar la belleza de tu trono incomparable en esta maravillosa Peña donde encontró alivio todo el que lo buscara. Cuando yo vuelva, como tengo fe en que me concederás cuanto te pido, será para decirte que he cumplido mi promesa.

I V

Y pasó mucho tiempo y aquel humilde obrerillo volvió, muy apersonado y principal. No vino esta vez en caminata fatigosa con el cuerpo incendiado por la fiebre; llegó por la Romería con el

cuerpo sano y el alma rezumando gozo a prosternarse a los pies de la Virgen. Todos los romeros le vieron de rodillas y en cruz ante Nuestra Señora de los Angeles diciendo la más fervorosa oración que floreciera en un pecho creyente.

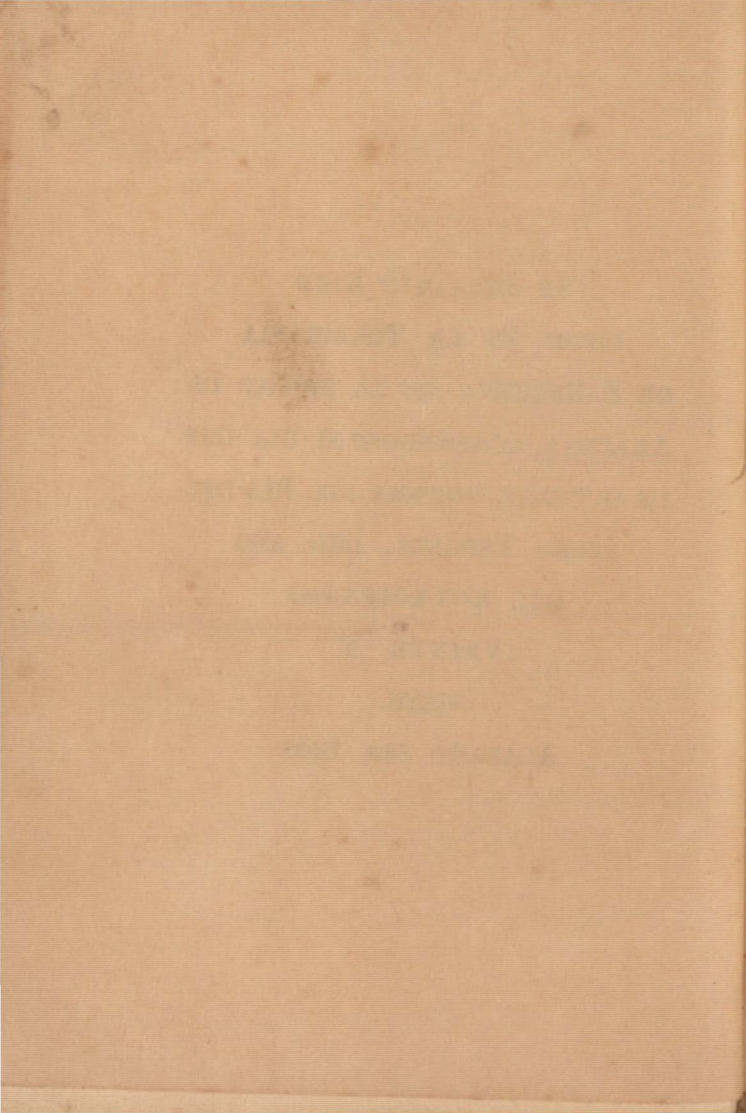
«¡Madre mía! ¡Madre Excelsa! gracias por tu milagro de amor. Mira en torno a Tí como van llegando hasta tu maravilloso trono los peregrinos de todo el mundo, en día tan grande como el de hoy; lo que yó te prometí por aquel entonces en que pedí a tus divinos cuidados el camino verdadero de mi vida y me lo señalaste dándome a la vez la necesaria fuerza para caminar sin descanso y para vencer los trechos

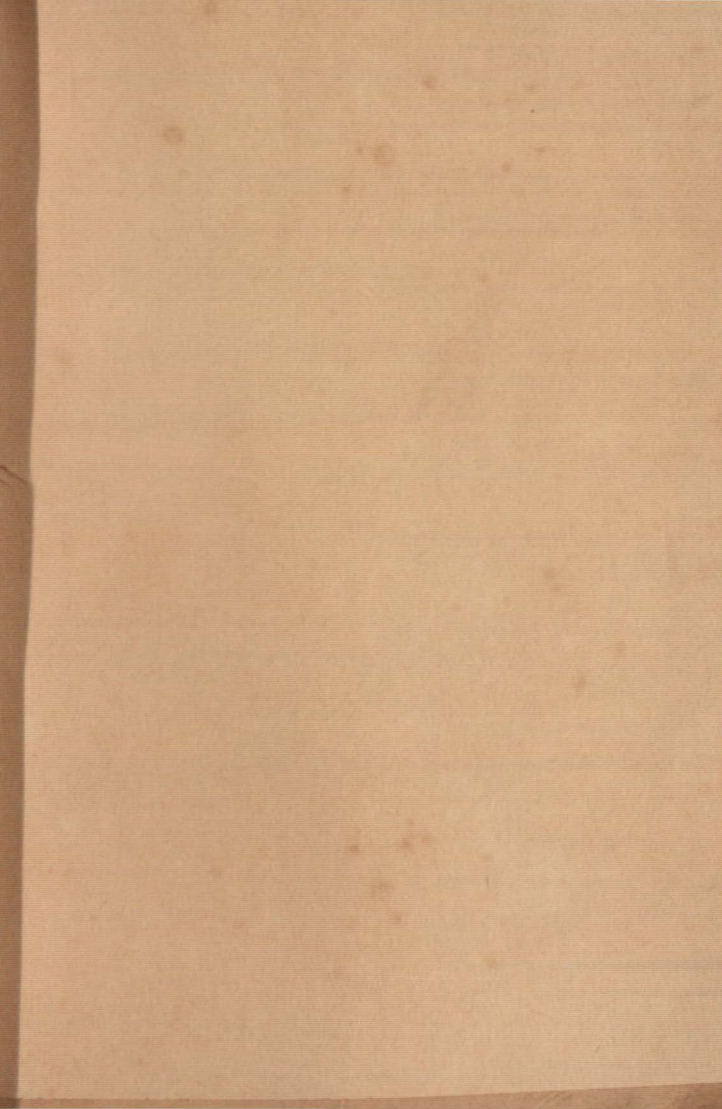
difíciles. Continúa, por ese Divino Niño que tanto sufrió de hombre, concediéndome tu dulce protección mientras el cuerpo me haga sombra y el alma me siga en el cuerpo. *Amén.*»

Después, se le vió en el camarín encendiendo dos velas de a libra.

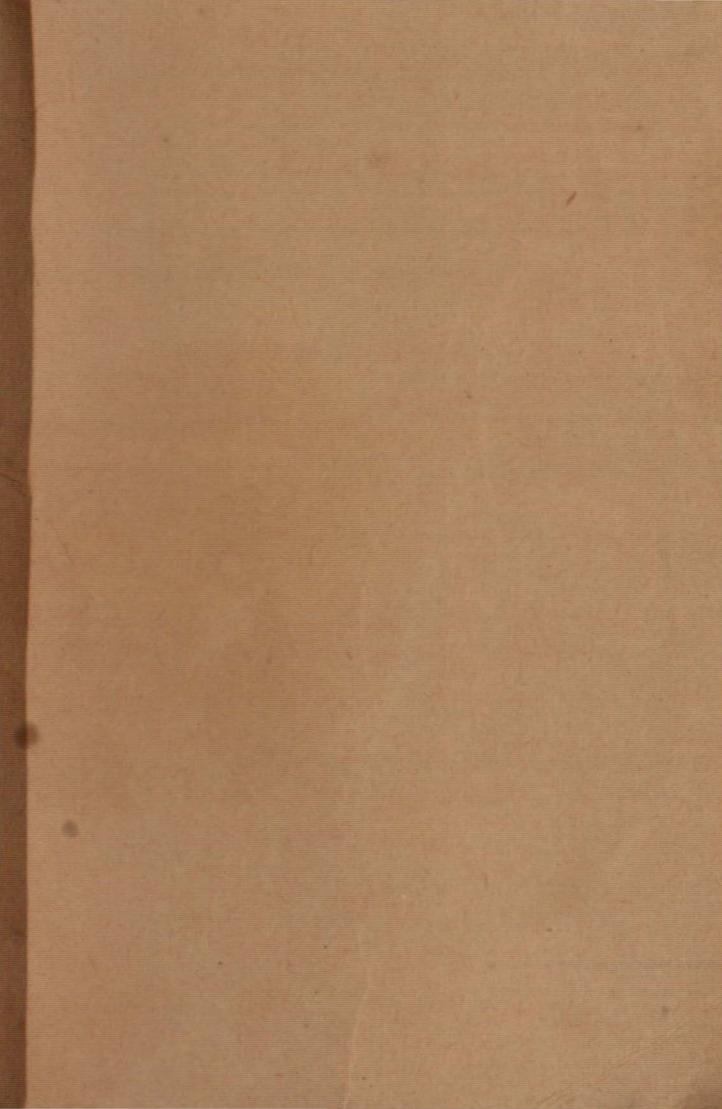
FIN

SE IMPRIMIÓ ESTE
LIBRO EN LA TIPOGRAFIA
DE F. REQUENA, DE LA CIUDAD DE
ARACENA, ACABÁNDOSE EL DIA SEIS
DE OCTUBRE, VÍSPERA DEL DÍA DEL
LIBRO ESPAÑOL, DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS
VEINTE Y
SIETE.
ALABADO SEA DIOS









150
100
50
25
12

D
B